

ES cierto que el Papa ha condensado, en su discurso a la Conferencia Episcopal de Puebla, la "teología de la liberación", se preguntó, el mismo día que Juan Pablo II se despedía de México, al obispo de Riobamba (Ecuador), monseñor Leónidas Proaño. "Es totalmente falso —respondió el obispo—. Hay que precisar que ninguna condena aparece en el discurso inaugural de Puebla". Y sin embargo, no pocos diarios mexicanos, y sobre todo norteamericanos, que se apresuraron a tachar de "derechista" al Wojtyla de los primeros discursos de México, anunciaban el fin de la "teología de la liberación" desde el 29 de enero, fecha del discurso del Papa a Puebla. Los periódicos franceses, y aun los italianos, en cambio, que habían desplazado a Puebla a sus mejores expertos —los Henri Fesquet, los Fabrizio, los Clerc, o Gorresio— eran más cautos. El especialista en temas religiosos de "Le Monde", por ejemplo, Fesquet, que cubrió todas las sesiones del Vaticano II y ha estado presente en los más importantes acontecimientos religiosos del posconcilio, que viajó con el Papa en el avión hasta Santo Domingo, relata cómo fue la conversación aquella a 10.000 metros de altura con los periodistas, sobre el debatido tema: "La teología de la liberación —manifestaba el Papa— puede ser verdadera o falsa. Será falsa cuando se inspire en principios no cristianos y cuando acepte elementos que no lo son. Pero, ¿merece entonces el nombre de teología? Yo estoy dispuesto a decir sí a la teología de la liberación, a condición de que se me precise de cuál teología se trata". El matiz es importante.

Pero con serlo, lo es todavía más el contexto en que fue expuesto. En el pasillo central de un avión, volando sobre el Atlántico, rodeado de periodistas de todo el mundo que cubren desde Roma la información vaticana. Por primera vez en la Historia, un Pontífice improvisaba una rueda de prensa y durante casi una hora charlaba libremente con los informadores. Wojtyla, que ya en sus tres meses de pontificado había proporcionado muchos quebraderos de cabeza a sus "carceleros" de la Curia romana, los sabiondos de lo que es y puede decir y hacer un Papa, se "liberaba" definitiva y públicamente del corsé diplomático para mostrarse tal como es: toda una primera figura de la comunicación humana. Esa rueda de prensa y la que se organizó en el avión veinte minutos antes de descender a Roma ni figuraban en el programa de viaje, ni un Pablo VI viajero la habría consentido

nunca. Montini, cuando habló con periodistas en sus viajes, se redujo a saludarlos y a bendecirlos. Con Wojtyla se puede hablar.

Andreotti, dimitido jefe de Gobierno italiano, esperaba al Papa en Fiumicino y calificó de "triumfal" el viaje. Wojtyla, en su contestación, lo describió como "una iniciativa delicada e importante", "coronada con bien". Y al saludar a los cardenales que le esperaban

en la sala del Consistorio de los palacios vaticanos, el Papa consideró su estancia latinoamericana de "experiencia inolvidable, excepcional encuentro con México en su realidad humana y cristiana", de "primer viaje misionero", "sobre el que habrá que volver", anunciando que los temas mismos sobre los que ha de pronunciarse Puebla serán objeto de reflexiones ulteriores. La televisión italiana

pasó esa misma noche la especialísima rueda de prensa del avión y, según la referencia de Robert Solé ("Corriere della Sera") el Papa juzgó de "artificial" la manera como sus discursos de Puebla y Monterrey fueron valorados respectivamente de conservador y progresista. "Se pueden encontrar siempre contradicciones —matizó el Papa—, pero lo importante para la Iglesia consiste en reencontrar las situaciones tal como son, al hombre como es en sí, y buscar la mejora de unas y otras".

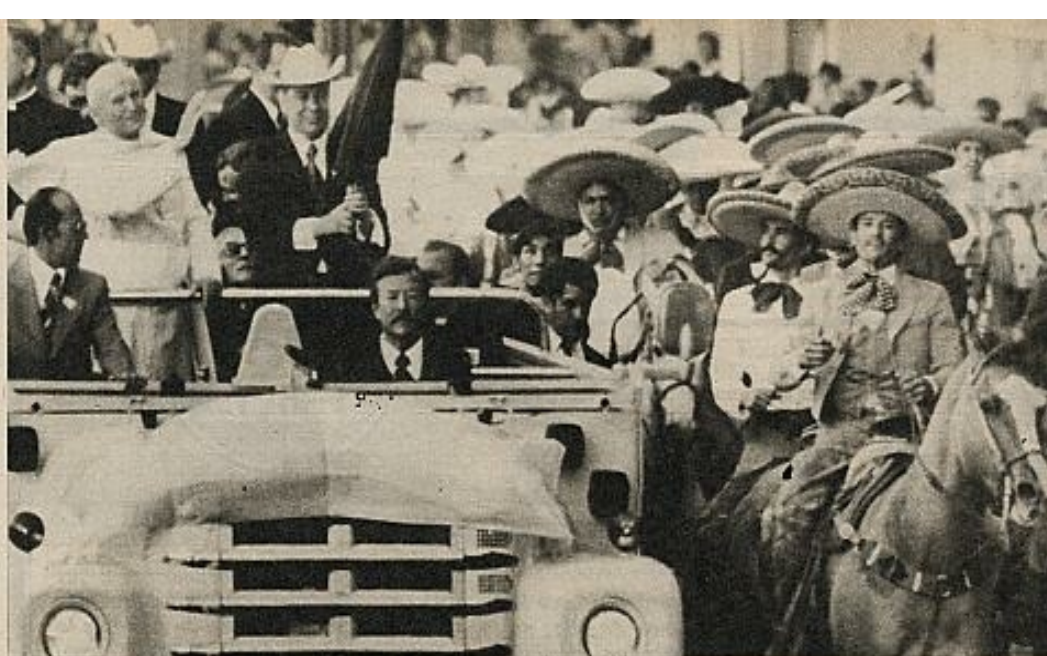
¿Wojtyla, hombre de derecha o abierto a las más audaces reformas? Los periódicos mexicanos, a la hora del balance, continuaban divididos. Se recordaba que en su mensaje a los obispos de Puebla el Papa advirtió doce veces contra el reclamo de la política, recordó tres veces el deber de la obediencia, y que en Oaxaca, ante los indios zapotecas, les exhortó a vivir contentos, "porque en cuanto pobres sólo la esperanza de Cristo". Pero se señala también, que justo cuando el Papa leyó las severas críticas suscitadas por su más importante discurso, el inaugural de Puebla, comenzaron a introducirse en los textos preparados desde Roma importantes novedades, que desorientaban a los periodistas, a quienes funcionarios de la Curia se los habían entregado previamente. Ocurrió así en Guadalajara y sobre todo en Monterrey. Vinieron entonces los conceptos de la "hipoteca social que pesa sobre la propiedad privada", la necesidad de "reformas profundamente renovadoras"; aquello de que "si el bien común lo exige no se puede dudar ante la expropiación de las tierras"; habló del "capitalismo impregnado de materialismo" que —utilizando un texto de Juan XXIII— hace a los ricos cada vez más ricos y a los pobres cada vez más pobres; advirtió a los obispos contra la tentación clericalista "de empeñarse en resolver los problemas sociales". Para Lamberto Furno, de "La Stampa", el Papa llegó a un lenguaje de verdadero líder sindical cuando empleó el término de "movimiento obrero" —de tradición marxista— para decir: "El movimiento obrero, al que la Iglesia y los cristianos han aportado su contribución original, reivindica su parte de responsabilidad en la construcción de un nuevo orden mundial... ha recogido las comunes aspiraciones de libertad... ha desarrollado los valores de solidaridad". ¿Qué carga de profundidad lleva, en boca de un Papa, aquella frase de que la Iglesia quiere mantenerse fuera "de los sistemas opuestos", cuando desde siempre condenó a uno y se afincó en

EL WOJTYLA DE MEXICO

FERMIN CEBOLLA



El Papa Wojtyla: todo un "primer figura" de la comunicación humana.



El "atleta de la fe", como lo describieron los periódicos locales, recibió en México auténticos baños de multitud. Abajo: un momento de la Misa oficiada por Juan Pablo II en la basílica de Guadalupe.

otro? En Monterrey dijo que "no teme denunciar con fuerza los ataques a la dignidad humana" y, aunque con la diplomacia propia de quien el día anterior en México había recibido a cinco ministros de Exteriores centroamericanos, denunció los regímenes dictatoriales y condenó la tortura. De hecho, el discurso de Monterrey no fue el escrito en Roma, sino una nueva elaboración: reconoce el derecho de los trabajadores "a participar en las decisiones que afectan a su vida y a su futuro" y a "crear libremente organizaciones para su defensa", mientras que en la despedida de Guadalupe a los universitarios, el Papa se pronunció "por dar la mano, sin ningún prejuicio, a quienquiera que se proponga también trabajar por el bien común".

Pero más que las palabras han sido aún ciertos gestos, que han proporcionado información para discernir la orientación futura del

pontificado de Wojtyła. Pese a un programa inhumano de viaje, Juan Pablo II ha sido descrito por los más importantes diarios mexicanos como "un atleta de la fe". En el misérrimo barrio de Santa Cecilia, de Guadalajara, ante la imposibilidad de comunicarse con la enorme multitud, el Papa inició un cántico en polaco, que siguió la gente en español. El Papa con el "plumero" de los zapotecas, o con el sombrero cow-boy, cantando en México y Monterrey con las gentes, pidiendo que le repitan un baile indio, cien kilómetros en aquel camión descubierto, son imágenes de una cercanía inabituales.

Los auténticos baños de multitud, con 22 millones de personas movilizadas en la semana del viaje papal, han puesto a Wojtyła en contacto, de alguna manera —como ha escrito Alain Woodrow—, con la realidad que hizo surgir la "teología de la liberación": el he-

cho de la marginación y la explotación humana, para el que debe existir algún tipo de respuesta en la palabra de Dios. "He tenido que vencer la tentación de quedarme en México", dijo el Papa con humor de regreso a Roma. Mientras, en los mismos espacios de la televisión mexicana que durante horas y horas dieron actos y desplazamientos de Wojtyła, se comenzaba a especular sobre las posibles lesiones sufridas por la Constitución. Y hasta el dirigente de uno de los fantasmales partidos de la oposición —porque en México, el PRI lo es todo—, el del Partido Popular Socialista, aventuraba que "los beneficios de la visita del Papa han sido sólo económicos" y que "las instituciones seguirán estando al lado del explotador". Y es que todo es posible en la "República guadalupana" de México: que el Presidente, López Portillo, haya de saludar al Papa llamándole "señor" y no "santi-

dad", como mandan los cánones, por la presión laicista oficial; y que, en cambio, los agentes de la Administración cooperen para que monseñor López Trujillo, secretario del CELAM, no vea distribuido en Puebla el diario "Uno más uno", por el imperdonable atrevimiento de publicar una carta suya dirigida a un obispo conservador brasileño, en la que le ponía en guardia contra los "progresistas", que se estaban organizando —según él— para tomar la Asamblea de Puebla. El Papa dijo a los obispos que "Puebla debía ser un paso adelante", en relación a Medellín. La carta de López Trujillo es un ataque descarado contra el cardenal Pironio, argentino, su predecesor en la Secretaría General del CELAM, y en cuanto tal, pieza clave del espíritu de Medellín. López Trujillo presenta a Pironio como responsable de la tensión creada en Latinoamérica por la CLAR, el poderoso organismo que agrupa a todos los religiosos del continente, muchos de cuyos miembros, como el franciscano brasileño Leonardo Wolff, son los sustentadores de la "teología de la liberación". López Portillo ha sufrido ya una primera derrota: en la Comisión de articulación de la Asamblea de Puebla, elegida democráticamente contra lo dispuesto en el reglamento que él logró pasar en Roma, figuran tres de los obispos considerados como progresistas: Luis Bambaré, jesuita, obispo de Chimbote, Perú (que fue detenido hace unos años y liberado por intervención del nuncio); Mendes de Almeida, auxiliar del testimonial cardenal Arns, en Sao Paulo; y monseñor McGrath, de Panamá, que ha pasado hasta por el asesinato de algún sacerdote en su diócesis. Los dos obispos restantes son Juan Flores, dominicano de La Vega, y Oscar Laguna, argentino de San Isidro.

Como punto final recogemos la opinión del reverendo Joseph Nangle, experto en cuestiones políticas al servicio de la jerarquía católica de los Estados Unidos, donde los primeros discursos del Papa en México hicieron frotarse las manos a muchos. Nangle, cuando el Papa llegaba a Roma, declaraba: "Sus llamamientos para resolver algunos problemas suenan como los que en 1968 hicieron algunos obispos en favor de la revolución". Quizá sea demasiado, lo mismo que la apreciación de Méndez Arceo, "el obispo rojo" de Cuernavaca, México, tras el discurso a Puebla: "Se ha enterrado la esperanza de Medellín"... Dicen que el Papa prepara una encíclica sobre "Fe en Dios y fe en el hombre", y que ha querido esperar a conocer las conclusiones de Puebla. Recordemos que ha dicho en Roma: "Los pronunciamientos de Puebla serán objeto de reflexiones ulteriores". ■